

## ¡Ahí vienen los mineros! Anécdotas de un proyecto arqueológico en Sansare, El Progreso

---

Patricia del Águila Flores<sup>1</sup>  
pidelaflor@yahoo.es

### A manera de introducción

Para los años 80, la Escuela de Historia estaba atravesando una serie de dificultades, tanto académicas, presupuestarias, de docencia, prácticas de campo y gabinete para los alumnos de las diferentes áreas.

El grupo de alumnos que estaba inscrito en las tres áreas no pasaba de 150 almas, posiblemente. Se decidió tomar las instalaciones de la Escuela para hacerse oír y que las autoridades superiores dieran más presupuesto, ya que se había otorgado más dinero para el mantenimiento de la piscina de la Universidad que a la otrora abandonada Escuela de Historia. Realmente no se sabe si se logró el objetivo, pero se considera que sí, porque el licenciado Julio Galicia, director de la Escuela, animó al estudiantado para seguir adelante y más de algo se logró.

Muchos maestros emigraron al interior de la República, ya que se abrió un frente de trabajo para los arqueólogos en el área de Petén, con trabajo permanente, lo cual dejó a la Escuela sin muchos académicos. Los pocos que quedaron fueron

---

<sup>1</sup> Licenciada en Arqueología, por la Escuela de Historia, maestra en Gestión Cultural para el Desarrollo, por la Facultad de Arquitectura, ambas de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

invitados a abandonar el país (los que tuvieron suerte), otros fueron desaparecidos forzosamente; y el alumnado desorientado no sabía qué día se iba a tener clases y qué día no. Para llenar los cupos, muchos de los estudiantes del área de Arqueología recibieron clases de Antropología e Historia, y en el primer semestre se tenía feriado obligatorio los viernes, ya que no había quien diera las clases.

Unos pocos se fueron incorporando para impartir hasta tres o cuatro cursos, como fue el caso de Rita Grigñon (Cerámica I y II, Tierras Altas I y II y Tierras Bajas I y II); Zoila Rodríguez con las Mesoaméricas I y II y Textos Indígenas; y algunos estudiantes de los últimos años fueron asignados a dar clases a los estudiantes del segundo semestre.

Llega el momento en que el área de Arqueología empieza a crecer de una manera desbordante, en el 82 eran diez los alumnos; mientras que 1983 se llegó a treinta; y las autoridades se pusieron a pensar cómo iban a dar tanta práctica de campo y gabinete a toda esa cantidad de estudiante. A ellos se sumaron los de 1984, 85 y 86; en total éramos un montón de patojos con deseos de hacer sus primeros tanes en el campo de la arqueología científica.

Juan Pedro Laporte abre las puertas en las Tierras Bajas, para que los estudiantes hagan sus prácticas de campo, gabinete y tesis en el Atlas Arqueológico; lo que ayuda a la Escuela a suplir ese gran vacío. Fred Bove mantiene también un proyecto con fondos extranjeros y la ayuda de la Universidad de San Carlos, y se lleva a otro grupo a la Costa Sur de Guatemala; en donde muchos compañeros costeños hicieron prácticas de campo, gabinete y tesis también. Pero quedó otro montón de patojos que necesitaba trabajar en parte del pênsum, y es cuando la DIGI, la USAC y la Escuela de Historia le entregan un presupuesto a un recién egresado arqueólogo que regresaba de México a trabajar a la Escuela de Historia; el famoso Marco Antonio Leal, quien, juntamente con el estudiante avanzado (solo faltaba graduarse) Oscar Gutiérrez, toman la titánica tarea de llevarse a veintidós estudiantes a las Tierras Intermedias, mejor conocidas como los proyectos arqueológicos Sansare, a realizar allí sus prácticas, nadie podía imaginarse las aventuras, aprendizajes, conocimientos, enfermedades y demás vicisitudes que les esperaban. Esto es un breve relato de la autora sobre lo que pasó....

## **Inicios del Proyecto Arqueológico Sansare I (PAS I)**

Era más o menos el mes de agosto de 1986, cuando sale a convocatoria la posibilidad de hacer prácticas de campo en el municipio de Sansare, del departamento de El Progreso; e inicia una gran cola de estudiantes deseosos de participar. Recuerdo que se tenía que llevar el certificado de los cursos ganados para poder optar a la primera práctica de campo. El resultado, después de pasar por el tamiz, fue de veintiún alumnos aceptados. Las personas implicadas en el Proyecto fueron las siguientes:

- Director del Proyecto: Lic. Marco Antonio Leal
- Administrador del Proyecto: Oscar Gutiérrez
- Asesor de Campo: Lic. René Ugarte
- Alumnos:

Patricia Alvarado; Amanda Anzuetto; Beatriz Barcárcel; Teresita Chinchilla; Patricia del Águila; Rosa María Flores; Maribel Fuentes; Magdalena Guamuch; Amparo Herrera y Lucila Sierra.

Cruz Antonio Barrios; José Benítez; Rolando Bulask; Erick Chacón; Ramiro Figueroa; Salvador López; José Paredes; Alfredo Román; Franklin Solares; Jorge Tenaz y Mario Zetina.

## **El arribo de los mineros**

Era un sábado 20 de noviembre de 1986 cuando se arribó al parque del municipio de Sansare. Cada quien iba con su respectiva mochila, camastrón, quienes tuvimos suerte de conseguir uno, y la mayoría con bolsas de dormir o una esponja para descansar. Una caja con víveres, botas de campo nuevas (uno de los peores errores), metro, nivel de pita, cuchilla y todos nuestros implementos de campo.

El calor estaba en su mayor plenitud, ya que era el medio día, y ya muchos estábamos arrepentidos de haber levantado la mano para salir al campo. Oscar Gutiérrez nos condujo por un camino de terracería que nos llenó hasta el alma de polvo y añoranzas días después, y nos indicó que nuestro centro de

operaciones sería la aldea Los Cerritos, en donde fuimos recibidos con bombos y platillos, porque creyeron que éramos los mineros y que íbamos a desenterrar los famosos burros de oro.

Gran sorpresa nos llevamos las mujeres, ya que nos instalaron en una casita recién construida, la cual constaba de dos habitaciones, dos puertas, dos ventanas, un corredor, un pozo de agua y, lo más importante, no teníamos baño, así que por la noche estaba prohibido enfermarse del estómago. Debimos acomodarnos cinco mujeres en cada cuarto; en el cuarto del fondo se quedaron a dormir Amparito, Rosa María, Maribel, Amanda y Beatriz; en el cuarto con la puerta de entrada quedamos ubicadas: Teresita, Patty Alvarado, Magdalena y Lucila (quienes no podían extender sus camas durante todo el día, porque no se podía salir de la casa si ellas no las doblaban), y yo.



**Figura 1:** de izquierda a derecha: Patricia Alvarado, Patricia del Águila, Amanda Anzueto, Teresita Chinchilla, Maribel Fuentes, Lucila Sierra y Beatriz Barcárcel, faltan en la foto Amparo Herrera, Rosa María Flores y Magdalena Guamuch.  
Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.



**Figura 2:** fachada de la casa de las mujeres, con algunos vecinos de Los Cerritos, aparecen Amanda Anzueto, Magdalena Guamuch, Maribel Fuentes, Beatriz Barcárcel y Patricia Alvarado.

Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

Mientras que la casa de los hombres (que en un momento tuvo la función de ser la funeraria de la aldea) era de adobe, con machihombre y teja, bastante fresca, con pasillo, patio para colgar ropa, pozo, pila y por supuesto una letrina, ellos muy cómodos, mientras nosotras bien fregadas.

Allí se ubicaron todos los hombres; al mismo tiempo sería el área de laboratorio para lavar, secar y marcar los materiales recuperados tanto en excavación como en recolección de superficie.



**Figura 3:** pasillo de la casa de los hombres (la funeraria)

Aparecen de izquierda a derecha: Salvador López, Rolando Bulask, Franklin Solares, Maco Leal, Pepe Benítez, Mario Zetina, Tere Chinchilla, Rosa María Flores y Erick Chacón. Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

En la casa de los hombres, quienes siempre tuvieron mejor suerte que nosotras, tenían la famosa letrina, que desde el momento en que la conocimos e hicimos uso de ella, se le bautizó con el nombre de El Trono. Era una letrina construida en un pasadizo estrecho, con una rampa de cemento, pero al momento de llegar a donde estaba ubicada, se podía oír cualquier ruido en la parte de atrás de la misma, desde patos, pollos, cerdos y demás animales. Así, rápidamente se les puso nombre a los coches, estos eran Pick, Nik, Vicks y Malox.

Por la tarde de ese sábado nos empezamos a presentar ante la comunidad, y nos llevaron a la casa de doña Velarmina Gutiérrez, a quien cariñosamente la empezamos a llamar doña Vela, señora santa que tuvo una de las tareas más difíciles de su vida, darle de comer a veinticinco gentes, divididos en dos turnos y a veces en tres, dependiendo de si llegaban invitados inesperados o la visita de algún familiar. También fuimos presentados con la señora dueña de la funeraria, doña Elena, y su hija Emperatriz, a quien le pusimos el sobrenombre de Empe, además de su hijo más pequeño, quien se llamaba Jesús, pero que le decíamos de cariño Chus, persona querida por todos y él se daba a querer con cualquiera, aunque nació con el síndrome de Down, eso nunca le limitó su desempeño y comunicación con todos.



**Figura 4:** en el comedor de la casa de doña Vela, aparecemos en la foto Teresita Chinchilla, Beatriz Barcárcel, Maribel Fuentes, Lucila Sierra, Patricia Alvarado, Amanda Anzueto Patricia del Águila.  
Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.



**Figura 5:** doña Vela con parte del grupo de PAS II, atrás José Genovés, José “Chamelo” Suarnavar, Gustavo Orellana, Ramiro Figueroa, Patricia Alvarado, Maco Leal, Patricia del Águila.  
Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1987.

## Un viaje frustrado hacia Poza Verde

La primera reunión de trabajo se llevó a cabo en la casa de los hombres, y allí se decidió –la verdad lo habían hecho desde Guatemala– que un grupo de compañeros se iría a trabajar a la comunidad Poza Verde, aldea que quedaba como a diez kilómetros de distancia de Sansare, en la montaña, en donde había un sitio posclásico tipo atalaya. Los autoescogidos eran: Salvador López, Mario Zetina, Jorge Tenaz, Alfredo Román y Pepe Paredes y de las mujeres, la más valiente y aguantadora de todas, Lucila Sierra. Se acordó que al día siguiente subiríamos todos los involucrados a dejar a nuestros compañeros a Poza Verde, para ayudarlos con todas sus cosas (camas, mochilas, comida, piochas, palas, bolsas, y el resto de materiales que ellos iban a necesitar).

El viaje duró como unas tres horas a pie, ya que se llevaba mucha carga y era cuesta arriba, Lucila llevaba una mochila que bien pesaba entre 40 a 50 libras, y solo la oíamos pujar, se acomodaba nuevamente su carga, y para arriba. Otros ayudamos a cargar camastrones, esponjas y la que más ayudó a cargar fue Amanda Anzueto, quien se dio a la tarea de tomar el altímetro y eso fue lo único que llevaba en sus manos.

Cuando al fin llegamos a nuestro destino, la comunidad salió de sus casas, con mucha curiosidad unos y otros a darnos la bienvenida. Nunca supe qué imaginaron quiénes éramos, pero inmediatamente nos condujeron al salón municipal, y fue allí nuestro acabose, sin imaginarnos que por poco no salimos vivos de ese lugar.

El asunto fue el siguiente: Oscar Gutiérrez había hecho contacto con los adultos mayores y a ellos se les había ofrecido trabajo para esa temporada de campo, en el sitio Poza Verde, pero no se había contratado a ningún joven de la comunidad, pésima decisión, ya que fueron ellos los que se opusieron a que entráramos a trabajar a sus tierras. Entonces, mientras se discutía con el concejo de ancianos, los jóvenes y adultos mayores, las cosas se fueron poniendo color de hormiga, ya que los ánimos se empezaron a caldear, dijimos ¿y ahora hacia donde corremos? Después de varias horas de pláticas con ellos, se llegó al consenso de dejarnos libres y derechos para Los Cerritos, nadie podía trabajar en el área y mejor si bajábamos rápido, porque allí se acostumbraba a matar a la gente. Nunca vi

bajar más rápido un camino como lo hicimos nosotros seguidos de cerca por los jóvenes, machete en mano, para que nos diéramos prisa en salir de sus tierras. Allí quedó truncada nuestra experiencia en Poza Verde.

### **Cambian los planes de trabajo**

Con la correteada que nos dieron en Poza Verde, hubo que hacer cambios en los trabajos designados por los directores del proyecto. Los estudiantes fueron distribuidos en tres grupos: unos a reconocimiento arqueológico (Amparito, Magdalena, Alfredo y Erick); otro grupo iría a trabajar a Las Huertas (Ramiro, Patty Alvarado, Cruz Antonio, Rosa María, Beatriz, Amanda, Rolando y Lucila), y al último grupo le tocó dirigirse al sitio El Palmar, el cual quedaba como a seis kilómetros de distancia de Los Cerritos, cuesta arriba, por las montañas de Sansare (Pepe, Salvador, Mario, Franklin, Pepe Benítez, Jorge, Maco, Teresita y yo).



**Figura 6:** trabajos de excavación en Las Huertas, aparecen en la foto Rolando Bulask y Amanda Anzueto.

Fotografía por Marco Leal, 1986.



**Figura 7:** camino al sitio El Palmar, cuesta arriba.  
Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

Entre las anécdotas más recordadas de nuestra estadía de dos semanas en El Palmar, fue que uno de los trabajadores contratados que vivía en el área escuchó que como no se habían encontrado muchos vestigios arqueológicos, solo estaríamos unos días más; y ellos, con tal de no perder su trabajo, se las ingeniaron para colocar la cabeza de buey de un misterio de nacimiento en el pozo de Franklin, excavaron bien una esquina y lo enterraron como a 15 cm, el pozo ya tenía más de un metro cincuenta de profundidad. Ese día iniciamos a excavar cada quien en su frente de trabajo, cuando se escucha un silbido y solo miramos que todos levantaban la mano, haciendo un gesto de que algo grandioso habían encontrado, y nuestra sorpresa fue... la famosa cabeza de buey. Empiezan todos a hacerse las preguntas respectivas, ¿cómo fue que se había encontrado esa cabeza a tanta profundidad?, ¿qué debíamos hacer? Y todos dábamos nuestras opiniones, hasta que llega Maco Leal, serio le dice a los trabajadores: “Ustedes enterraron esa cabeza allí verdad”. Asustados, los otros confesaron su picardía, entonces les vuelve a preguntar Maco “Pero, ¿por qué lo hicieron?”, y ellos con pena dicen “Es que sabíamos que si encontraban algo importante, seguirían trabajando aquí, y así nosotros no perderíamos nuestro trabajo”.



**Figura 8:** grupo de estudiantes que estuvimos excavando en el sitio El Palmar: Patricia del Águila, Tere Chinchilla, Franklin Solares, Salvador López, Pepe Paredes, Pepe Benítez y Jorge Tenaz.

Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

Terminadas nuestras dos semanas en El Palmar, nos trasladamos al centro de Los Cerritos. Hablamos con el dueño de unos terrenos cercanos a la carretera que llevaba a Las Huertas, don Juanito, quien accedió a dar permiso para trabajar en sus campos, con la condición de que se le pagaran todas las matas de yuca que serían arrancadas para las excavaciones.

Después de hacer el trato, se supo que en esa área habían existido varios montículos, pero que desde hacía muchos años sus materiales fueron utilizados para la construcción de la iglesia católica y nivelar la cancha de basquetbol. Con esa información se esperaba encontrar únicamente los cimientos de las edificaciones prehispánicas.



**Figura 9:** sitio don Juan, aparecen Mario Zetina, Rosa María Flores, Salvador López y Jorge Tenaz.  
Fotografía por Marco Leal, 1986.



**Figura 10:** Magdalena Guamuch y Rosa María Flores en el sitio don Juan.  
Fotografía por Marco Leal, 1986.

## Los desterrados

Cuando se iniciaron los trabajos en el sitio don Juan (se le llamó así por el dueño del terreno); cada quien se acompañó de tres trabajadores, se empezó hacer el mapeo del área y la retícula respectiva para ubicar pozos de sondeo. Nuestra sorpresa mayor fue que a Pepe Benítez, Tere Chinchilla y a mí, nos habían dejado fuera de los grupos de excavación y mapeo. En pocas palabras, nos sacaron del sitio, el encargado de las excavaciones nos entregó bolsas plásticas con etiquetas y nos mandó a realizar un recorrido por la calle de terracería.

Como niños castigados agarramos nuestra mochila, bolsas y etiquetas, y empezamos a hacer el recorrido solicitado. Pero nuestra sorpresa mayor fue que, como a unos 800 metros de distancia del sitio don Juan, encontramos entre las matas de yuca un montículo sin tocar, sin excavaciones ilícitas y con siembras de yuca en él. Nuestro júbilo fue enorme y le avisamos inmediatamente a Maco Leal, para que nos autorizara excavar en el lugar. Hicimos las pesquisas necesarias y resultó que también don Juanito era el dueño de ese terreno, y de nuevo accedió a darnos su autorización, una vez se le pagara por cada mata de yuca sembrada. Nuestro montículo recién descubierto fue nombrado El Morro, por un gran árbol que tenía plantado en uno de sus costados. A los pocos días, se tuvo que cambiar el nombre del sitio, ya que el área era conocida como El Llano, por lo que a partir de ese momento, tres tristes tigres tomaron como sitio propio a El Llano, sitio que salvó todo el Proyecto Arqueológico Sansare I (PAS I), por la cantidad de información y vestigios que arrojó ese memorable año de 1986.



**Figura 11:** los desterrados Rolando Bulask, Patricia del Águila, Amparo Herrera, Pepe Benítez y Tere Chinchilla, Sitio El Llano.

Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

## Meses de noviembre y diciembre 1986

Como es bien sabido por todos, cuando un grupo de estudiantes llega a una comunidad, es necesario que los lazos de amistad se extiendan, dándose a conocer y poniéndose a las órdenes de todos y cada uno de los habitantes del área, ya que sinceramente uno llega a invadir el espacio y la tranquilidad de todos ellos.

Una de nuestras primeras obras de caridad y ayuda humanitaria fue tratar de salvar a dos perritos medio muertos por las hormigas y las lombrices, crías de una perra de doña Vela; cuando vimos el estado en el que se encontraban los pobres animalitos, no dábamos ni un centavo por la vida de ellos. Pepe Paredes los bautizó con los nombres de Clis Clis y la Karate Kid; nos fuimos inmediatamente a la farmacia de Sansare, que al mismo tiempo era el lugar del teléfono comunitario y el chismero del pueblo, todo lo que uno platicaba con sus familiares se sabía más rápido que ahora por Facebook y WhatsApp. Les compramos un desparasitante para lograr salvarles la vida, y pensamos, si aguantan ya están salvados y si no, pues de plano tenían que morirse. Para buena suerte del Clis Clis, logró sobrevivir a la dosis puesta, mientras que la pobre Karate Kid no tuvo la misma suerte. Por haber salvado al Clis Clis, inmediatamente fue nombrado con el título nobiliario de mascota del PAS I, y el canino fue engordando y engordando porque todos, sin excepción, le dejábamos parte de nuestra comida, para que siempre estuviera lindo.



**Figura 12:** la mascota de los Proyectos PAS I y PAS II, el Clis Clis, el más clarito de los perros.

Fotografía, colección, Patricia del Águila, 1987.

En otra ocasión, algunos compañeros sirvieron de parteros de una vecina de Los Cerritos, a quien tuvieron que llevar a Jalapa, y casi que la criatura nace en la cabina del picop de Maco Leal.



**Figura 13:** parte del picop del jefe del proyecto, Maco Leal.  
Fotografía por Maco Leal, 1986.

Se dieron atenciones médicas, recetas, ayuda amorosa y cuanto cosa la gente necesitaba, y se acercaba a solicitar nuestra intervención. Ya para diciembre habían varios cumpleaños en el grupo, por lo que había que celebrarles su día. Nuestro lugar de reunión era la única cafetería que había entre Sansare y Los Cerritos, el memorable Pollo Campeón, atendido por su excelente dueño y anfitrión Fredy. El dueño de este negocio tenía una receta secreta para preparar un pollo frito que fue el salvavidas de todos en el proyecto, así como sus exquisitas hamburguesas con papas fritas y las cervezas más frías que había en toda el área.

Existía otro lugar donde se podía pasar a beber las aguas espirituosas, se llamaba Los Dos Pinitos, pero allí solo acudían los muchachos, la verdad es que nunca supimos a qué se debía que no era permitido que las mujeres entráramos. Se llegó también la época de las posadas, la gran fiesta del sansareño ausente, los casamientos, eventos sociales y deportivos a los cuales fuimos siempre invitados de honor.

## La posada del proyecto

Como siempre estábamos involucrados en todo lo relacionado con la comunidad, nos eligieron para recibir la posada ese año, evento memorable para nosotros y los lugareños. Realizamos los preparativos entre todos, se contrató una marimbita de dos integrantes para que amenizara la posada, se compraron piñatas para los niños y comida para todos los comensales. Pero, en lugar de hacer el ponche tradicional, se hizo el elixir del Caribe, que contenía piña, naranja, uvas, sodas, azúcar y un poquito de licor, y que resultó ser una bomba para todos los invitados. Se suponía que niños no debían tomar ese ponche, y los invitados solo se servirían un vasito, pero todos tomaron y nos pusimos muy pero muy alegres.



**Figura 14:** posada de la aldea Los Cerritos.  
Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

## La fiesta del sansareño ausente

Esta fiesta se lleva a cabo con ayuda de todos los sansareños que viven en Estados Unidos, ellos envían dinero para que la comunidad pueda celebrar ese acontecimiento en su honor, y se hace juntamente con la elección de la reina y otras actividades culturales, las cuales se realizan en la segunda quincena del mes de diciembre.

Bueno, adivinen que, nosotros también fuimos invitados a esa gran fiesta, en la que bailamos a más no poder con los compañeros del proyecto, los vecinos del lugar y sobre todo con nuestros trabajadores, fue un honor haber estado en esa actividad.



**Figura 15:** Oscar Gutiérrez bailando con una sobrina y Chejo, trabajador del proyecto. Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.



**Figura 16:** Pepe Paredes y Maribel Fuentes. Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.



**Figura 17:** Salvador López y Jorge Tenaz con unas guapas señoritas de Los Cerritos. Fotografía, colección de Patricia del Águila, 1986.

### **Nuestros dichos, antes de Sansare y después de Sansare**

Cuando fue el terremoto de 1976, muchas personas hacían referencia a él cuando hablaban, y decían “... antes del terremoto...” o “... después del terremoto...”, esto hacía que la gente se ubicara en un tiempo y en un espacio específicos. Lo mismo sucedió con todos los compañeros que participamos en 1986 en el Proyecto Arqueológico Sansare I, ya que cuando reanudamos los estudios en la universidad en 1987, hacíamos la misma referencia, antes o después de Sansare. Con ello viene la música de moda y la que se impuso en ese Proyecto, las más memorables fueron los casetes de Franco de Vita con *Un gran perdedor*; Juan Gabriel y la famosa *Si nosotros nos hubiéramos casado*, que ya llevaba un tiempo sonando pero que la tomamos como parte del proyecto; José José con su álbum *Recuerdos*; una de las melodías más escuchadas fue *Lágrimas*, que la cantábamos a grito suelto; y por último, un grupo colombiano que se llamaba *Daikiri*, cuyas melodías eran bailables y sabrosas, por lo que era usado para nuestras fiestas privadas; entre las que más escuchábamos estaba *Agua que no has de beber*; ¡qué alegría! En mi caso, compré dos veces el casete de Franco de Vita, ya que el primero alguien se lo quedó, el siguiente tuvo mejor suerte; compramos también los discos de José José y Juan Gabriel, y conseguimos un casete del grupo *Daikiri*,

lo pusimos hasta que se rompió. Muchos de los cónyuges y novios de los compañeros empezaron a sospechar de todos nosotros, porque nos hacían la misma pregunta: ¿por qué cada vez que suena esa música todos suspiran? La verdad es que todos éramos cómplices de nuestra estadía en Los Cerritos.

### **Después de la temporada....**

Cuando nos retiramos cada quien a nuestras vidas diarias, la fraternidad continuó para muchos de nosotros, la complicidad compartida, las cosas buenas y malas que vivimos fueron una lección para cada uno de nosotros. Haciendo memoria, de los muchos que fuimos a esa temporada de campo, no todos continuaron con la carrera de Arqueología, otros cerraron el pénsum pero optaron por no graduarse, y a dos de mis queridos compañeros la vida se les acabó cuando todavía podían dar mucho para los demás. Es a ellos a quienes les dedico estas añoranzas vividas, para que sepan que hicimos historia, hicimos antropología social, hicimos arqueología y sobre todo amistad eterna.

Para ustedes José Héctor Paredes González (mejor conocido como Pepito Paredes), y Erick Chacón Ericastilla, flores en sus tumbas y recuerdos de cada uno de los que estuvimos en ese memorable proyecto, el PAS I.

